



reyezuelo Aben Humeya, que habia reunido ya otra vez cinco mil hombres, alentaba á los suyos y alzaba lugares con esperanza que les daba de un próximo socorro del Gran Turco. Hacia otro tanto Jerónimo el Malech. Levantáronse los de la sierra de Bentomiz, y no solo sostenian reencuentros diarios, sino que cercaban ya y combatian fortalezas cristianas. Aben Humeya acometia el campo del marqués de los Velez en Verja, y los de la sierra de Bentomiz se fortalecian en el terrible peñon de Frigiliana, al modo del de las Guájaras. El comendador de Castilla don Luis de Requesens, que viniendo de Italia con veinticuatro galeras cargadas de infantería, corrió una tormenta que le llevó al puerto de Palamós, arribó por fin á la playa de Velez, quiso tomar sobre sí la empresa de reducir el peñon de Frigiliana, y juntando su gente en Torrox, comenzó á subir con ella, con mas impetu y arrojo que suerte y ventura, por fragosos y ásperos recuestos, desnudos riscos y tajadas peñas, donde ni los piés hallaban en qué estribar ni las manos de qué asirse. De vencida iban ya los veteranos de Italia, cuando acudieron en su ayuda las compañías de Málaga y Velez, que trepando por aquellas lomas casi sin atajo ni vereda, llegaron á los reparos de los enemigos, y arrojando la muerte que con piedras y saetas les repartian los bárbaros, se apoderaron heroicamente del peñon, y degollaron todos los moros que no habian podido huir, casi despeñándose por la sierra, que otra manera de escapar no tenian. Compróse esta victoria con la sangre de muchos centenares de cristianos, y de los mas intrépidos y valerosos capitanes.

Por otra parte Aben Humeya envió á levantar los lugares del rio Almanzora, y amenazaba á Almería. El castillo de Seron que cercaban los moros, tuvo que capitular y rendirse despues de inútiles esfuerzos que para socorrerle habian hecho los hermanos Enriquez y Diego de Mirones, y no obstante la capitulacion fueron pasados á cuchillo todos los cristianos mayores de doce años que en él habia, por orden de Aben Humeya, y cautivadas las mujeres. Así ardía y se sostenia otra vez la guerra por todos los ángulos de aquel reino, no siendo posible que nosotros demos cuenta, ni tampoco hay para qué, de los ataques, defensas, sorpresas y acometidas reciprocas, y reencuentros diarios de que nos informan los documentos y las historias particulares, todos los cuales costaban victimas y pérdidas lastimosas á los de uno y otro campo.

La causa de haber llegado esta vez la lucha á tales términos que los cristianos eran ya los que iban llevando la peor parte, fueron sin duda las cuestiones del Consejo, las dilaciones que ocasionaba su viciosa organizacion, y la circunstancia no menos embarazosa de no poder obrar sin consultarlo antes con el rey y tener que aguardar su resolucion. De esta situacion inconveniente y anómala del Consejo de don Juan de Austria da una idea tan exacta como triste la siguiente lacónica y expresiva carta que en aquella sazón escribió don Diego Hurtado de Mendoza al príncipe de Éboli Ruy Gomez de Silva: *Ilustrísimo señor* (le decia): *Verdad en Granada no pasa; el señor don Juan escucha; el duque bulle; el marqués discurre; Luis Quijada gruñe; Muñatones apaña; mi sobrino allá está, y acá no hace falta* (1).

Llegó al fin la respuesta del rey á la consulta del Consejo, ordenando que los moriscos de Granada y sus barrios de la Alcazaba y el Albaicin, desde la edad de diez años á la de sesenta, fuesen sacados del reino y llevados á los pueblos limítrofes de Andalucía. En cumplimiento de esta real cédula, don Juan de Austria, con acuerdo del Consejo, mandó que todos los moriscos de la ciudad se recogieran desarmados en las parroquias (23 de junio, 1569). El aparato con que esto se hizo les infundió sospechas de que se trataba de degollarlos á todos, pero don Juan les dió palabra y seguro real de que no recibirían daño. Al día siguiente fueron conducidos entre arcabuceros y encerrados en el hospital real, y desde allí se los sacó fuera del reino entregándolos por listas y bajo partida de registro á las justicias de los pueblos á que iban destina-

dos. Sobre tres mil quinientos fueron los expulsados aquel día. «Fué un miserable espectáculo, dice uno de los historiadores que presenciaron el caso y de los que tuvieron parte en su ejecucion, ver tantos hombres de todas edades, las cabezas bajas, las manos cruzadas y los rostros bañados de lágrimas, con semblante doloroso y triste, viendo que dejaban sus regaladas casas, sus familias, su patria, su naturaleza, sus haciendas y tanto bien como tenian, y aun no sabian cierto lo que se haria de sus cabezas (2).» La mitad murieron en los caminos, los unos de tristeza y fatiga, los otros robados y maltratados por sus mismos conductores. Con la ausencia de los moriscos quedaron destruidos los lujosos baños y los pintorescos cármenes que ellos cultivaban. Los soldados que se habian alojado en sus casas se dieron á robar con mas libertad so pretexto de faltarles el mantenimiento que antes tenian, y los capitanes no se atrevian á castigar los desórdenes por temor de que se les amotinarian ó desertaran los soldados. Los moriscos de la Vega huyeron á la montaña, llevando consigo su ropa, y dejando escondido lo que no podian llevar. Tales fueron los efectos inmediatos de la expulsion de los moriscos de Albaicin.

Orgullosa Aben Humeya con haberse apoderado de los fuertes del rio Almanzora, atrevióse á enviar un mensajero á don Juan de Austria pidiendo la libertad de su padre y hermano que tenia presos en Granada, y ofreciendo dar por el rescate ochenta cautivos cristianos, y mas si fuere menester, aunque estuviesen en poder del Gran Turco. Leida la carta en Consejo, se acordó no responderle, sino hacer que le escribiese su padre informándole de que era bien tratado, y aconsejándole como padre que se apartase del mal camino que seguia. En peores manos todavía cayó otra carta que Aben Humeya dirigió al alcaide de Guéjar sobre el mismo asunto, puesto que faltándole el alcaide á la lealtad y al secreto, y haciéndole sospechoso á los moros, comenzaron los que de él estaban mas ofendidos á tratar cómo deshacerse de quien vociferaban ya que trabajaba en su daño.

A petición del marqués de los Velez se reforzó su campo con la gente que de Italia habia traído el comendador mayor de Castilla; con lo cual, y con orden que recibíó de que pasase á allanar la Alpujarra, desbarató á los moros que le salieron al camino, y prosiguiendo hasta Valor, donde se hallaba Aben Humeya, le derrotó tambien, animándose con esto no poco los cristianos (julio, 1569). En cambio llegó á poco tiempo á Aben Humeya (agosto) un socorro de moros argelinos que á instancias de Fernando el Habaquí le envió el virey Uluch Ali, al mando del turco Hussey, con otros refuerzos de gente, armas y municiones que en unas fustas le vinieron de Tetuan. La victoria del marqués de los Velez fué mas murmurada y criticada que celebrada y aplaudida por los del Consejo, y en vez de ensalzarle le hacian cargos por lo poco que habia hecho con tanta gente como se le habia dado y por los muchos bastimentos que sin necesidad habia consumido. Quejábase él por su parte del marqués de Mondejar, del duque de Sessa y de Luis Quijada, diciendo que todos tres eran sus émulos y enemigos, añadiendo que por causa suya habian estado sus soldados expuestos á perecer de hambre, y que por su culpa le abandonaban cada día. Estas nuevas dimensiones movieron al rey á llamar á la corte al marqués de Mondejar (setiembre), con el fin ostensible de que le informara bien de todo; pero en realidad, segun se vió despues, con el de apartarle del campo de la guerra, puesto que le llevó consigo á Córdoba donde iba á celebrar cortes, y despues le nombró virey de Valencia, y mas adelante de Nápoles, y no volvió ya mas al reino de Granada el marqués (3).

(2) Mármol Carvajal, *Rebellion*, lib. VI, c. 27. «Y porque no se alborotase la ciudad, dice este mismo autor, y matasen los moriscos que venian por las calles, mandó á don Francisco de Solís y á mí que nos fuésemos á poner en las puertas de la ciudad y no dejásemos entrar á nadie dentro.»

(3) «Marqués de Mondejar, primo, nuestro capitán general del reino de Granada: porque queremos tener relacion del estado en que al presente están las cosas dese reino, y lo que conveña proveer para el remedio dellas, os encargamos que en recibiendo esta os pongais en camino, y veniais luego á esta nuestra corte para informarnos de lo que está dicho, como persona que tiene tanta noticia dellas; que en ello, y en que lo ha-

(1) MS. de la Biblioteca de la Academia de la Historia, est. 1.º grada 3.ª A 52, folio 277.—Su sobrino era sin duda don Lúigo de Mendoza, hijo del marqués de Mondejar, el que habia venido á Madrid con la consulta de su padre al rey.